

que ayer..... ¡Toma, *arrastrao*, que me has de quitar la vida!.....

El niño, á su vez, en medio del aturdimiento y del susto que le produce la azotaina, aprieta involuntariamente á un pajarillo que tiene en la mano y le ahoga. (1)

(1) Siendo muchacho leí en un periódico una gacetilla sobre el mismo pensamiento desarrollado en este artículo, que escribí unos veinte años después recordando la lectura, y que, por consiguiente, no es original.

LO DE LA CIBELES.

(RECURSO Á JÚPITER.)

Sr. D. Antonio:

Hay un refrán que dice: «El hambre y el frío te llevarán á casa de tu enemigo.» Yo no tengo frío ni hambre, gracias á Dios, y por consiguiente, ni es el hambre ni es el frío lo que me lleva á casa de usted, aunque no sea más que figuradamente; pero he citado el refrán para dar á entender que, cuando yo me decido á llamar á las puertas de usted, que si no me profesa verdadera enemistad, por lo menos es indudable que no me quiere bien del todo, muy grave tiene que ser la causa. Y lo es en efecto; mucho más grave que las dos del refrán, y más poderosa entre personas bien nacidas.

Trátase de la defensa de una señora que, aun prescindiendo de su deidad, sólo con ser hermosa y con ser infortunada y desvalida, tendría bastante para interesar y mover en su favor los nobles corazones. Y si, como hermosa, no se puede negar que lo es nuestra Cibeles, como desvalida y desgraciada tam-

poco se puede dar mayor desgracia ni más triste desvalimiento para una hermosura de piedra que el estar amenazada de destrucción y sentir á sus pies un día y otro día el insolente pique-pique de los bárbaros azadones municipales.

Todo el mundo cree por ahí que es usted, no ya el Presidente, sino el factotum de esta situación malaventurada; todo el mundo está en cuenta de que mandando usted, los ministros, como los gobernadores, los alcaldes y demás altos funcionarios políticos y administrativos, no son más que figuras de adorno, con excepción sea dicho de los que ni para adorno sirven; todo el mundo opina que usted es hoy el que quita y pone, y hace y deshace en todos los ramos; que no se mueve en España una hoja ni una carta... geográfica, por supuesto, sin que usted lo consienta, y en fin, que como suelen decir los franceses, usted es aquí «el que hace la lluvia y el buen tiempo.»

Y por cuanto Bosch... y Fustegueras ha emprendido una rabiosa campaña de demolición, con la cual nos está destrozando á Madrid, me parece conveniente y hasta necesario recurrir á usted en demanda de remedio, vamos, en súplica de que se digne usted irle á la mano al señor alcalde, según la frase corriente, y atarle corto.

No es el primero, justo es confesarlo, no

es este el primer alcalde que emplea la supuesta representación del pueblo de Madrid... y la llamo supuesta porque no es verdadera y real, porque no se la dan los vecinos, sino el Gobierno; no es este el primer alcalde que emplea esa representación, y además el dinero de los representados, en echar á perder las cosas. No hace muchos años que un progresista, de amargo y municipal recuerdo, nos destruyó el estanque grande del Retiro queriendo transformarle en lago, arrancándole la caja rectangular de piedra para sustituirla con unas ondas verdes y cursis, á modo de bandeja de hojalata de á real y medio, sin reparar en que para estanque era colosal, mientras que para lago es una miseria. No ha mucho que, por hazañas de alcaldes atentos solamente á mover piedras y pesetas de cualquier modo, han desaparecido la Mari-Blanca, la puerta del Retiro, la fuente de Antón Martín, etc., etc. Pero si hay que confesar que no es Bosch el primer alcalde que sin tiento ni cordura gasta el dinero de los madrileños en destruirles la villa, también hay que reconocer que ninguno ha ido tan de prisa ni tan adelante como él en esa desdichada tarea.

Por un lado nos está echando abajo la puerta de San Vicente, sin necesidad ni utilidad alguna; por otros lados, nos está inutilizando plazuelas, levantando retretes asquerosos

donde hubo fuentes saludables; pero lo más triste de todo es la comenzada demolición de la Cibeles, con el cortejo de desaciertos que han de dar por resultado lo que un ilustre hijo de Madrid, de agudísimo ingenio, el marqués de Sardoal, ha bautizado ya para siempre con el nombre de *Plaza de la Anarquía*.

Mire usted, D. Antonio, que eso es de lo que no se ha visto. Comenzar á hacer una plaza sin saber si se puede disponer, ó mejor dicho, sabiendo que no se puede disponer del terreno necesario... Querer hacer una gran plaza elíptica tomando por base dos edificios de tan distintas condiciones artísticas como el Banco y el palacio de Murga, que rabian de verse enfrente, y que por ser, no ya distintos, sino antitéticos, mientras la fachada con que el uno ha de contribuir á la elipse es una línea recta, la del otro es una curva entrante; esto, aparte de la desgracia de que los ejes de la elipse no puedan coincidir con los de ninguna de las avenidas á la plaza...

Ponerse á desmontar una fuente monumental, hermosa, que, en conjunto armónico con las otras del Prado, constituye el mejor ornamento de Madrid, sin tener acordado á dónde se ha de trasladar, ni saber siquiera si puede trasladarse; porque lo de ponerla en medio de la plaza y lo de dejarla en el mismo sitio, levantándola, son expedientes inventados con posterioridad para acallar la alarma

del público... Empezar una reforma cuya terminación, si se terminara, había de costar más de diez millones de reales, teniendo en cuenta la fuerte indemnización que habría que pagar por el jardín del palacio de Buenavista; gastar diez millones de reales en una obra de lujo, y no digo de ornato porque no lo es, sino de afeamiento; pero aunque lo fuera: gastar diez millones de un Ayuntamiento pobre y lleno de deudas, en un pueblo falto de asilos, de escuelas, de casas de socorro, de condiciones higiénicas, y cuya mortalidad, por causas que con ese dinero y con menos pudieran hacerse desaparecer, es mayor que la de ningún pueblo de Europa, y casi del mundo... ¡Vive Dios, Sr. D. Antonio, que todo esto es asombroso por lo inaudito!

No quiero llamarle á usted la atención hacia el aspecto legal, ó más bien ilegal, de la cosa, porque ya sé que en eso de observar las leyes no es usted demasiado escrupuloso, como que, cuando se le antoja pasar por encima de la Constitución escrita, sale del paso hablando de la *constitución interna*. Quiero que se fije usted en el aspecto artístico.

Es verdad que tampoco le creo á usted muy fuerte en materias de arte; pero atienda usted el parecer de los demás, que es lo que todos debemos hacer en aquellas cosas que no dominamos completamente. Si acaso no tiene usted sobre el particular criterio pro-

pio, crea usted lo que los inteligentes dicen.

Firmados con una X, tras de la que por modestia se oculta un hijo de Madrid (1), cuya ilustración les vendría bien para los días de fiesta á muchos de ustedes los que presumen de sabios, ha publicado *El Correo*, en defensa de la Cibele, varios artículos, muy notables por los conocimientos históricos y artísticos que revelan, así como por la sobriedad y la solidez de argumentación con que están escritos. Léalos usted, señor don Antonio; haga usted el favor de leerlos, y conocerá usted el mérito de la fuente, y se horrorizará del atrevimiento de arrancarla.

Y no haga usted caso de lo que, para desvirtuar esos artículos publicados en *El Correo*, han dicho en el mismo periódico y en otro de los de mayor circulación dos críticos (llamémoslos así, porque así creo que les gusta á ellos que se les llame): no haga usted caso; porque, aunque ambos escriben con cierto tono de seguridad, no son infalibles, ni con mucho. El uno, pretendiendo defender al Ayuntamiento actual y á todos los anteriores á costa de los Reyes, acusó á uno de éstos de *regalar palacios á Godoy*, cuando precisamente no fué ningún Rey, sino un Ayuntamiento de Madrid, quien regaló á Godoy el palacio de Buenavista. El otro no vió mejor manera de

(1) Aludía al señor D. Luis de Foxá.

defender las municipales fechorías que la de proclamar que nuestro Ayuntamiento puede hacer en calles y plazas y paseos todo lo que quiera, sin necesidad de consultar con nadie más que con los técnicos de la casa: es decir, que proclamó sencillamente la independencia, la soberanía del alcalde. ¡Dios mío! Pero, señor don Antonio, ¿será verdad que es independiente un alcalde, en un país que tiene Gobierno monárquico, y precisamente en el pueblo donde residen el Gobierno monárquico y la Monarquía? ¿Serán soberanos los alcaldes en un país á quien le cuestan las instituciones monárquicas alrededor de cuarenta millones, y á quien el Gobierno monárquico es casi imposible contar lo que le cuesta?

No haga usted caso de esos críticos, señor don Antonio; pero hágale usted de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, á que usted pertenece; la cual, según noticias de buen origen que ya se han hecho públicas, acordó hace días una enérgica protesta contra la deplorable profanación artística que se trata de llevar á cabo; protesta en la que, según dicen, se compara á la diosa con una «aristocrática dama condenada al patíbulo por la plebe». Lo cual me parece bien, y me parece que es llamar plebe á los derribadores y á los fautores del derribo del artístico monumento. Ya sabe usted, señor don Antonio, que yo no soy muy amigo de las Academias;

pero cuando tienen razón, tampoco me gusta que nadie se la quite.

Con que opóngase usted resueltamente, señor don Antonio, á la destrucción de la Cibebes, ó á su traslación, que vale lo mismo, y no crea usted á los que le digan que de todos modos es necesario moverla para ponerla más en alto, á fin de que no quede enterrada. No lo crea usted, porque eso de levantar la rasante tampoco es más que una estratagema para justificar la destrucción del monumento. No hay necesidad ninguna de levantar la rasante; no hay ni siquiera posibilidad de levantarla, y lo que la han levantado ya en la calle de Alcalá frente al Banco, han de tener que bajarlo de nuevo para que no se inunden el Banco y el café de Cervantes cada vez que llueva. El Banco, especialmente, tiene derecho á que no se le altere la rasante que se le dió al empezar su construcción hace muy pocos años.

Opóngase usted á las barrabasadas alcaldiles, y salve usted la fuente, señor don Antonio. Considere usted que si no nos sirve usted para eso, ¿para qué nos sirve? Porque gobernar, me parece que gobierna usted bastante mal. ¡Ah! y digo *me parece* por cortesía; pero no es que me lo parece, es que realmente gobierna usted bastante mal y aun de sobra. Sávenos usted la Cibebes y le deberemos á usted una cosa buena.

¿Que se enfada el alcalde y hace dimisión de su cargo?... Entonces ya le deberemos á usted, en lugar de una, dos cosas excelentes. Porque la verdad es que no necesitamos en Madrid que venga un hombre político de mal gusto á esperar una cartera en la Alcaldía y á destrozarnos, mientras tanto, los paseos, las plazas y las fuentes. Llévelo usted de alcalde á Roquetas, que acaso allí probará bien, ó llévelo usted al Ministerio pronto, pues para ministro conservador también creo que valdrá, porque cualquiera vale; mas para alcalde de Madrid ya tiene demostrado que no es lo que se necesita.

Sávenos usted la Cibebes, señor don Antonio, porque, créalo usted, es un monumento muy hermoso, y además, es ya muy tradicional, muy característico.

El poeta Florentino Sanz, á quien sus contemporáneos no hicieron justicia, pues no solamente era más poeta que usted, que, dicho aquí en confianza, no es usted poeta, sino más poeta que Núñez de Arce y que otros al símil, escribió el año 55 desde Berlín una *Epístola* á su amigo don Pedro Calvo Asensio, al principio de la cual se leen estos tercetos esculturales:

«Lejos de mi Madrid, la villa y corte,
Ni de ella falto yo porque esté lejos,
Ni hay una piedra allí que no me importe;

Pues recuerda su patria, á los reflejos
De su distante sol, el desterrado,
Como recuerdan su niñez los viejos.
*Ver quisiera contento y á tu lado
Cual por ese aire azul muestra Cibeles
En carroza triunfal rompe hacia el Prado...*

Si desaparece la Cibeles, señor don Antonio, este último terceto será siempre un acusador de Bosch y de usted, y una imperecedera memoria de la presente concejil barbarie (1).

Además, usted que presume de erudito, recordará seguramente aquello que se inscribió en Roma en la famosa estatua de Pasquín después de un acto de destrucción llevado á cabo por individuos de la familia Barberini, mucho menos grave que el que hoy intenta el alcalde de usted y de Romero, pues no hicieron aquéllos más que arrancar piedras del Coliseo para construirse un palacio:

*Quod non fecere Barbari,
Fecere Barberini.*

(1) Cuando se publicó este artículo en *El Heraldo de Madrid*, el 28 de Mayo de 1892, había sido arrancado ya el pilón de la fuente, y se hallaba la diosa cercada de altísima valla de madera, que costó un montón de miles de pesetas, amachembrada y todo para que costara más, ó para que el público no pudiera atisbar las superiores operaciones, *qui enim malè agit odit lucem*.

Poco después, no sé si por mandado de D. Antonio Cánovas, aunque lo presumo, se volvió á colocar el pilón, se quitó la valla, y la fuente quedó en el mismo sitio, aunque menos airosa, medio enterrada por la absurda elevación de la rasante.

Es de esperar que algún otro alcalde menos progresista que el que tenemos ahora, vuelva á bajar la rasante y todo quede como estaba: lo que no es de esperar es que esto se haga á costa de quien la levantó como se había de hacer si hubiera justicia,

También recordará usted que este dístico fué más tarde imitado para execrar otras hazañas de la secta francesa enemiga del Primado de honor y de jurisdicción del Papa, diciendo:

*Quod non fecere Galli,
Fecere Gallicani...*

Tema usted, señor don Antonio, tema usted que, si se descuida en poner coto á las alcaldescas demasías y desaparece la Cibeles, otra generación más ilustrada de gobernantes que venga detrás, va á grabar este otro dístico en la *Plaza de la Anarquía*, para perpetua memoria:

¡NON FECERE ANARCHISTÆ;
FECERE CANOVISTÆ!...

SANTIAGO DE VILLANÓFAR

A la orilla derecha del Esla, que es donde está Gradefes—por más que un señor Cate drático de Instituto, llamado Mingote, en un libro titulado *Guía de León*, nos diga que está á la izquierda—más arriba y más apartado del río que Gradefes, está Villanófar, antiguamente *Villa-Onofre*, célebre en el país por su romería de Santiago, que es casi feria, y cuyo origen se pierde, si no en la noche, por lo menos en la madrugada de los tiempos.

Para ir á Villanófar desde León, ya que no por buen camino, pues bueno no le hay, si quiera por un camino transitable, tenemos que salir por la carretera de Adanero á Gijón, en dirección inversa del título, es decir, como quien va de Gijón á Adanero, pasar el puente del Castro, subir al alto del Portillo, volver á bajar hasta el puente de Villarente, por donde, según dice un trabalenguas muy conocido, *pasan palomitas veinte*, pasar nosotros también, y, dejando la carretera citada, tomar otra que comenzó á construir la Dipu-

tación provincial de León hará unos veinte años, y de la que todavía no ha construído más que kilómetro y medio, hasta Villafañe.

Desde este pueblo—y cuenta que aún no hemos andado más que dos leguas de las seis que *echan* de León á Villanófar—tenemos que ir por un camino antiguo, de esos que llaman *caminos muertos*, y que mejor se llamarían caminos que matan... al que anda por ellos.

Se sale de Villafañe, hacia el Este, por entre unos huertos cercados de seto vivo, y entra luego el camino por unos trigos que tienen muchas amapolas. Después de andar tres kilómetros y medio, se encuentra á la derecha una huerta, con salgueras en la sebe y con riego por un aguaducho que ahora está tapado con un césped y tres cantos rodados, de color gris perla los dos más pequeños y de color de manteca el tercero, que es un poco más grande. A los diez pasos más arriba, se encuentra uno con una teja rota, que hace sospechar la proximidad de algún pueblo, y, efectivamente, volviendo la vista á la izquierda, se ven, á la boca de un vallejo, el cumbre de una casa y un palomar deteriorado con una cantonera de hojalata en cada esquina, para que no pueda subir la garduña.

Me parece que estoy imitando bastante bien el estilo de esos novelistas llamados *de observación*, estilo que consiste principalmente en describir las cosas con muchos porme-

nores de esos que para nada sirven; y sigo adelante.

A Villarmún, que es el segundo pueblo de la Abadía de Eslonza, pues el primero era ese otro del palomar medio caído que hemos dejado atrás, y que se llama Palazuelo.

En pasando de Villarmún luego se encuentra á la derecha del camino una extensa cerca de morrillos y argamasa, con elevados contrafuertes cónicos, que la dan cierto carácter señorial: es la de la huerta del monasterio de San Pedro de Eslonza, que se ve un poco más arriba cerrando el valle.

¡Ay! De aquel asilo de la ciencia y de la cultura cristiana, apenas queda más que las paredes. Expulsados de allí sus moradores por la *tolerancia*... liberal, privados de la libertad santa de vivir en comunidad, en nombre de la otra libertad *non sancta* de los liberales, que se parece á la tiranía como un crimen á otro; echados de su propia casa y despojados de sus bienes, no sé si en nombre del derecho de propiedad ó de la igualdad ante la ley, compró por poco dinero el convento, como los demás bienes, un moderado, que le ha ido destruyendo poco á poco, aprovechando ó vendiendo, ahora las tejas, luego los clavos, después las pandillas...

Yo conocí la iglesia todavía entera, y ahora la he visto desmantelada, destacándose por encima de los muros agrietados el cascarón

desnudo de la alta bóveda del crucero, semejante á la calva de un octogenario próximo á la tumba...

Se pasa el riachuelo del valle por un puente adosado á la cerca del monasterio, y dejando á la derecha á Santaolaja y el camino que conduce al antiguo priorato de San Miguel de Escalada, se llega á Mellanzos, que es el último pueblo de la Abadía en esta dirección, y se sube á la divisoria entre el Esla y el Porma, su afluente.

Desde allí se descubre al Sudeste Rueda del Almirante, antigua fortaleza situada sobre un acirate casi inaccesible, y antigua capital del contorno. Todavía hoy llevan el apellido de Rueda pueblos como Cerezales, San Bartolomé, Cubillas, situados á dos y á tres leguas de distancia.

Dejando á la derecha el camino de Rueda, se baja por otro, muy pendiente y muy malo, á Casasola, donde hay que cambiar de dirección, abandonando la del Este, que trajimos desde Villafañe, para caminar casi al Norte y llegar á Cifuentes, pueblo rico por la feracidad de su terreno y bien situado, y después á Nava de los Caballeros, desde donde ya no nos falta para llegar á Villanófar más que media legua mal medida.

¿Que por qué se llama Nava de los Caballeros?... No lo sé. Quizá perteneciera á alguna de las órdenes militares, á la de Santiago,

verbigracia; pero esto no es más que una conjetura. Sólo sé que el pueblo se llama así, confirmando su nombre un cantar que dice:

En Cifuentes, los valientes;
en Nava, los caballeros;
en Valdealcón, los hidalgos;
y en Garfín los carboneros.

Valdealcón y Garfín son otros dos pueblos que están fuera de la ribera principal, en el valle de Llorma, media legua y una, respectivamente, al Noroeste de Nava.

Pero ya estamos en el real de la feria.

El sitio es muy desahogado y espacioso.

Por aquí se ven montones de blanca lana, por allí de instrumentos agrícolas de verano, horcas, garios, bieldos; por este lado pande-retas y tambores, por el otro quincalla y cristalería; por allá zapatos; por acá cordeles; por esta orilla lienzos y paños, hoces y guadañas; por la otra pipotes de escabeche ó cestas de fruta, y por todas partes se oye ese ruido confuso que se asemeja al de una colmena cuando va á enxambrar, formado por el amasijo de las voces desiguales de uno que pregona, otro que regatea, otro que llama, otro que canta.

Después de la Misa mayor, que es muy solfeada, y cuando se va acercando el medio día, el bullicio se aminora y el ruido cede hasta quedar el campo casi en silencio.

La gente se ha puesto á comer, los vendedores al pie de la mercancía, los compradores ó mirones en una casa ó á la sombra de un árbol.

Pasado el medio día, se renueva casi por entero el concurso.

Losque son de lejos y han venido á cumplir alguna promesa ó á hacer alguna compra, comienzan á marcharse, y encuentran los caminos cubiertos de gente joven de los pueblos cercanos, que acude á la fiesta.

Comienzan á sonar la pandereta y el tambor: después se oye también el repique de las castañuelas: es que se ha armado el baile, en el que, alternando lo llano con lo saltiqueado, pasará la juventud toda la tarde y parte de la noche.

Allí lucen las mozas sus sayas de percal rayado, sus chambras blancas con florecillas encarnadas y sus pañuelos de color de rosa. Allí lucen los mozos el traje peculiar de la Ribera: calzón corto de sayal, media de lana blanca como la nieve, cubierta con el botín hasta media pantorrilla, chaleco de estameña azul con ojales negros, desabotonado, y pañuelo á rodete. El que lleva este traje, y además sabe tocar bien las castañuelas, no se cambiaría ni por Bosch, que es hoy el amo de Madrid, ni por Romero Robledo, que ejerce ahora de Rey absoluto de España y de sus Indias.

Las castañuelas bien tocadas son el mejor adorno del mozo así vestido, además de ser la alegría del baile.

Bien lo da á entender el cantar:

Castañuelas de tejo
con cintas verdes,
más las estima un majo
que un par de bueyes.

Cerca del baile se ha formado otro corro grande, casi de hombres solos; es el *aluche*, donde dos mozos de distintos bandos, por ejemplo, uno de un lado del río y otro del otro, se agarran por la ropa de una manera especial, y queda vencedor el que, por tener más fuerza ó más maña para echar á tiempo una zancadilla, derriba al otro en tierra.

Contra el vencedor sale á luchar otro del mismo bando del caído, y si queda vencedor á su vez, le sale otro del bando contrario, durando así la función hasta que oscurece.

Es un juego muy parecido al de la política, aunque más divertido y más barato, y en el cual el poder moderador, que es el público, nunca se alparcea ni tiene miedo á nadie, sino que siempre da la victoria á quien la gana.